

editorial

●●● porque no saben lo que hacen ●●●

A

■ ■ ■ **L** realizar unos actos religiosos que tienen entidad por sí mismos, aislados de una vida, de una concepción de la vida. Unos actos religiosos que no pueden concretarse ni siquiera en formulaciones netas de lo que se cree, de lo que se espera y casi se reducen a tópicos, cumplimientos, recursos casi mágicos: a "un dios", porque no merece la mayúscula, para que nos ayude. Cuando fallan los recursos humanos ¡por qué no recurrir a eso que, al menos, alivia el corazón y actúa de una manera muy parecida al opio? (No fueron tan injustos los que dijeron que la religión era el opio del pueblo. Hicieron la descripción de una realidad lamentable, pero no minoritaria).

...al dar un ejemplo a una generación que tiene otra mentalidad porque la vida le ha obligado a tenerla. Y que no tiene el ejemplo de una autenticidad y plenitud religiosa, sino de un costumbrismo, de sinceridad muchas veces, pero sin instrucción y sin haber superado la fe del carbonero cuando todo el mundo ha superado ya el analfabetismo y la falta de cultura del mismo carbonero.

...al imponer unas costumbres (folklóricas y sociales más que religiosas: bodas, bautizos, funerales, lotos, primeras comuniones...) cuya explicación profunda sigue ignorada por las mismas personas que las imponen; o cuya única explicación es su dimensión social, cara al público, y no religiosa, cara a la manera de ver las cosas de Dios y de los que ya están con Él.

...al seguir unas tradiciones que se llaman religiosas aunque se parecen más al cumplimiento de un código de la circulación (ruta al cielo, si se quiere) que a la realización de una amistad vivida día a día, con intensidad tan creciente que se debe necesitar y ansiar (no temer) pues eso, la muerte, el pasar a estar con Él y con los que creyeron y esperaron como nosotros decimos que creemos y esperamos.

...cuando se interfiere una manera excesivamente personalista de ver o de vivir el cristianismo. Como si a uno le hubiesen confiado la misión de ir transmitiendo a los hombres de la siguiente generación un muerto, y así de generación en generación, y no la misión de ir acrecentando con nuevas células (cortezas nuevas de un árbol secular) un organismo pleno de vitalidad divina.

...jugando con los conceptos, con la responsabilidad. Subrayando como valores morales siempre los negativos, que no tienen contenido moral... y organizando una jerarquía de valores que ni es verdadera ni es cristiana. Y muchísimas veces no es la que gobierna nuestras propias vidas, sino que "es la que hay que enseñar a los niños": no mentir, no robar, no meter la zancadilla, aunque la vida de los mayores esté organizada toda ella en ponerse zancadillas, en pisotearse, en mentir y en ganar sin reparar en medios.

...al no dar importancia a las primeras impresiones religiosas que recibe el niño (imágenes, expresiones, modo de rezar o no rezar los mayores...). Creyendo que todo va a comenzar en el Colegio, en la preparación de la Primera Comunión o quizás en las oraciones que le enseñamos a la vera de la cama. Cuando todo empezó ya en el momento del Bautismo, cuando en cada latido del niño se hizo presente el latido de Dios.

...al intentar despreocuparse de la educación religiosa de los hijos, creyendo que es tarea específica de sus educadores del Colegio o de la parroquia y de la catequesis. Ignorando que las raíces humanas tienen una veta religiosa y las raíces humanas arraigan y se desarrollan en el seno familiar.

...Claro: caen en la cuenta que todo problema educativo es extremadamente complejo porque intervienen factores tan incontrolables como son la herencia, el temperamento, el ambiente familiar, el ambiente de la sociedad, el ritmo de la cultura... Y la tentación es inhibirse. Pero la inhibición no vale (no la admitimos cuando entra de por medio la salud de nuestro hijo). No es posible inhibirse, porque los niños hacen preguntas y sus ojos son dos interrogaciones siempre abiertas.

Joaquín M^a García de Dios y